

# EL C.O.N.A.C. Y SUS AZARES

*Preguntarse por la cultura y su destino, es una de las tantas maneras de preguntar, en época de crisis, por el del país. La importancia del problema no sólo es general, de base, atinente a las maneras y formas a través de las cuales podemos seguir siendo y expresar eso que somos. Es además coyuntural: la cultura se halla en una encrucijada. Al menos se encuentra en tal situación lo que podríamos llamar actividad cultural oficial, dada la crisis —en todos los órdenes— que vivimos. Conviene no olvidar tampoco que hablamos de un quehacer o actividad cuya situación es precariedad permanente, al menos en Venezuela.*

*En efecto, en todos los gobiernos venezolanos, y éste no es la excepción, existen tecnócratas que regatean el presupuesto necesario por concebir la actividad cultural como una especie de inútil despilfarro, de alegre asignación de bolívares para que unos ociosos se refocilen. Tecnócratas que se niegan a ver sus profundas implicaciones y el sentido que asume en el camino de ser y expresarnos como ente histórico colectivo.*

## UN POCO DE HISTORIA

Necesario es historiar los mecanismos a través de los cuales existe un Consejo Nacional de la Cultura. El sentido que tuvo en el pasado y podría tener en el futuro, y el rol a desempeñar —con algunas reformas de fondo— en la sociedad venezolana.

Para abreviar el cuento, saltemos los intentos iniciales por ocuparse estatalmente de la actividad cultural, adelantados pocos después de la muerte de Juan Vicente Gómez.

Tomemos el hilo desde el momento en que Miguel Otero Silva, en la recién nacida democracia posterior al derrocamiento de Pérez Jiménez, propone la creación de un Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes.

Cinco años tardaron los adecos, partido gobernante, en aprobar la Ley (1964). Estaba previsto para dirigirlo Mariano Picón Salas, que contrariamente a su manera de ser tolerante, venía exhibiendo algo así como un sectarismo adeco senil. Muerto antes de encargarse, se designó a Salcedo Bastardo y, poco tiempo después, a Simón Alberto Consalvi.

Conviene, para explicarse la «misión» de Consalvi al frente del organismo, tener en cuenta el momento. La determinante mayoría de los intelectuales venezolanos —y de los creadores de cultura en general— simpatizaba con los planteamientos insurreccionales de la izquierda. Consalvi, a más de las funciones expresadas asignadas por la ley, tenía la de neutralizar la irreductible postura antiadeca, y en cierto sentido antidemocrática, del sector. Cumplió su misión, cosa que no es para reprochárselo y logró expandir y robustecer la actividad cultural.

El instituto recién creado reproduce, sin embargo, algunas de las carencias y distorsiones del Estado venezolano, que es quien lo crea. Se da libre curso al clientelismo, saltándose las normas, para favorecer a «compañeros» propicios. Hay un sesgo populista que acompaña las directivas y las acciones del instituto. Conviene aclarar, en estos tiempos de neoliberalismo rabioso, que populismo no

significa actuar a favor del pueblo sino  **fingir hacerlo**, en el estilo y en la forma, mientras se perpetúan y agravan las desigualdades. Y así ocurrió: a más de la propensión clientelar se respetaron los privilegios de roscas culturales pre-existentes. Ello se tradujo en términos muy concretos: la política del organismo en relación a los subsidios es tremendamente injusta y desigual.

Después de otras gestiones menores —salvo la de Tarre Murzi, que alguna significación tuvo— asistimos a la creación del Consejo Nacional de la Cultura como tal, a raíz del clamoroso triunfo de Carlos Andrés Pérez en 1973.

Se ha insistido suficientemente en el chance que tuvo Pérez, dado el cuantiosísimo ingreso del que dispuso, para reformular la democracia venezolana y sus derroteros. Se ha insistido también en que no lo hizo y se limitó a «redoblar» la apuesta inicial, naufragando en la corrupción y el despilfarro y haciendo nacer el endeudamiento del país.

Algo parecido ocurrió en el plano cultural: el proyecto original del Conac encerraba un artículo que le daba al Estado venezolano la posibilidad de controlar el mensaje radioeléctrico en términos de ética y de calidad. Como esto aludía a la poderosísima industria televisiva, las presiones no se hicieron esperar.

Y Pérez cedió. Como cedería y retrocedería en otras materias, pese a manejar un Estado increíblemente poderoso en relación a la sociedad que pretendía expresar y regir. El retroceso hizo que renunciaran algunos de los autores del proyecto de Ley Conac (Juan Liscano, Antonio Pasquali).

Con semejante handicap en sus inicios, comienza su actuación en el seno de la sociedad venezolana el nuevo organismo.

## UN INTENTO DE BALANCE

El Conac potenció y reprodujo todos los defectos que el Inciba portaba. Su estructura se fue modificando atendiendo a necesidades ajenas al sector cultural. Originando así un organismo con duplicidades innecesarias, despachos y direcciones que

**Moisés Moleiro**

no se justifican y trabas de todo género.

El clientelismo se acentuó, así como se reforzó la desigualdad en los subsidios. Respecto a estos últimos, había dos tipos de privilegiados: los integrantes de las roscas culturales y los «compañeros» del partido de turno. Los privilegios corrían parejos al desarrollo mediante el cual la democracia populista logró acentuar las desigualdades y ensanchar el abismo entre pobres y ricos.

Entre quienes malvivían con un subsidio precario y los que tenían acceso a recursos cuantiosos, existieron y se consolidaron unos cuantos grupos de origen popular —siempre conviene guardar las apariencias— que accedían a ventajas y eran exhibidos como muestra de que «algo» se hacía en favor del pueblo. Los favorecidos respondían a la presión tácita y se constituyeron en algo así como «representantes oficiales de la cultura popular». De algún modo había que rendir tributo a la retórica igualitaria —siempre posteriormente pervertida— que está en el origen de la democracia venezolana.

A más de ello, el Consejo Nacional de la Cultura descuidó por completo las tareas formativas y de largo alcance. Se prefirió montar espectáculos para demostrarles a los siempre amenazantes tecnócratas incrustados en los gobiernos «que se estaba haciendo algo».

Este modo de relacionarse con los problemas de la cultura llegó a su clímax bajo la gestión de José Antonio Abreu. Abreu es un gerente cultural eficaz y hábil; pero su gestión estuvo, fundamentalmente, dirigida a la promoción de espectáculos, a satisfacer por medio de erogaciones cuantiosas a quienes pudiesen acaudillar algún descontento y a rodear la segunda presidencia de Pérez de un sector cultural silencioso y complaciente.

En Venezuela cesaron las discusiones en torno a la marcha y el destino de la actividad.

## **EL CONAC DE HOY**

Tras algunas escaramuzas que no es del caso relatar, se designa una nueva directiva con el arribo del actual Presidente de la República a la primera Magistra-

tura. Esta directiva —como se conoce— comparte funciones con representantes de algunos organismos cuya presencia la ley prescribe: UCV, CTV, CNP, Academias Nacionales, etc. ¿Qué encuentra el nuevo directorio? En primer lugar una ley anacrónica, anterior al proceso de descentralización del país y que asigna responsabilidades no en función de las diversas ramas de la actividad cultural, sino de la capacidad de regateo de poder que tienen algunas instituciones. Es así como el Consejo Nacional de la Cultura no se integra en base, por ejemplo, a las artes visuales o auditivas u otra rama cualquiera, sino que —y nos referimos a las más altas instancias— hay allí «delegados» de quienes, en nuestra democracia, significan poder, capacidad de organización, peso político

Encuentra también la estructura obsoleta ya referida. La desigualdad en los subsidios acompañada de la ausencia de mecanismos para averiguar el destino del dinero otorgado. Encuentra asimismo que las becas y las bolsas de trabajo se otorgan sin reglamento ni requisito alguno por constituir uno de los instrumentos más poderosos para ejercer favores clientelares.

Se encuentra, y esto mueve al asombro, con que mientras los espectáculos musicales de alta calidad menudearon en Venezuela, las Escuelas de Música se hallaban en un estado comatoso. Que importantes organismos (Cinemateca, Galería de Arte Nacional, y el propio Consejo Nacional de la Cultura) carecen de locales adecuados para ejercer sus funciones. A lo largo de los años y manejando centenares de millones de bolívares, no se encontró manera de dotarlos de locales idóneos por perseguir siempre el éxito inmediato, el espectáculo de relumbrón, el modo de impresionar.

Lo hallado plantea una reformulación global del Conac, de sus mecanismos, de su estructura, de los objetivos que tendría que proponerse y no se propone, de su manera de insertarse en la creación popular espontánea.

Ahora bien, la asignación presupuestaria y la crisis fiscal del país hacen casi imposible esta reformulación. Según es-

tima la Unesco, es deseable dedicar el uno por ciento del presupuesto nacional a la promoción, organización y manejo de la actividad cultural. En Venezuela se dedica un porcentaje que oscila entre el 0,33 y el 0,66 por ciento. A ello se agrega —por obra y gracia de la crisis— que este magro presupuesto es entregado con retraso y por cuantagotas.

## **UNA VIA DE SOLUCION**

La actividad cultural se halla en crisis. Como el país. Y las posibilidades de reformularla por vía puramente administrativa topan con la escasez presupuestaria.

La única salida, entonces, está en un gran debate en el cual participen los creadores de cultura y no sólo quienes han sido designados de modo más o menos burocrático como directivos o gerentes. Un debate que establezca las posibilidades de proseguir la creación cultural en la época en que cesó la abundancia. Que encuentre vías de auto-gestión y que dé curso a iniciativas de diverso género, cuya función sería reemplazar el modo clientelista, subordinado por completo al Estado y sus regalos, en que la actividad cultural se ha venido desarrollando entre nosotros. Este debate podría comenzar con un Congreso Nacional de la Cultura, cuya función sería la de servir de termómetro, saber dónde estamos y de qué carecemos. Pero, por supuesto, no podría reducirse a él y debe proseguir por algún tiempo.

Sólo con una discusión muy amplia, con la máxima participación posible y oyendo las voces más disímiles, la sociedad venezolana hallaría la manera de encontrarse con su actividad cultural pese a que se reduzca —como de hecho se ha reducido— la ayuda estatal. Crear cultura es un hecho inevitable, con o sin Conac. Se tratará entonces de buscar la manera de hacerlo poniendo en función de ella al propio Conac, que de algún modo estaba destinado a servirle de auxiliar o mecanismo posibilitador de las iniciativas nacidas en la sociedad civil que lo rodea. □

Moisés Moleiro es Director del CONAC